

La Marquesa de Yolombó: entre el territorio de la magia y el de la razón instrumental

Carlos Augusto Giraldo Castro

Docente Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia

Candidato a doctor en Ciencias Humanas y Sociales

Dirección electrónica: caugusto78@gmail.com

Giraldo Castro, Carlos Augusto (2012). "*La Marquesa de Yolombó: entre el territorio de la magia y el de la razón instrumental*". En *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 27, N.º 44, pp. 319-334.
Texto recibido: 12/07/2012; aprobación final: 20/11/2012.

Resumen. El presente escrito propone interrogar las visiones encargadas de reproducir el proyecto hegemónico que contrapone lo civilizado a lo salvaje y lo urbano a lo rural, en el proceso del mestizaje antioqueño, enunciado como un proyecto cultural y especialmente territorial hegemónico, analizado desde la novela *La Marquesa de Yolombó* del escritor Tomás Carrasquilla.

Palabras clave: final de la colonia, sincretismo, proyecto regional, urbano-rural, civilización-barbarie, premodernidad y progreso.

La Marquesa de Yolombó: between the territory of magic and the territory of instrumental reason

Abstract. This article seeks to interrogate the visions that contributed to reproducing the hegemonic project that shaped the mestizaje process in Antioquia. These visions are structured around oppositions such as civilized/savage and urban/rural. This hegemonic project—a cultural, territorial and hegemonic endeavor—is analyzed through the novel *La Marquesa de Yolombó* by Tomás Carrasquilla.

Keywords: end of colonial period, syncretism, regional project, urban-rural, civilization-barbarism, premodernity-progress.

“El temor de Dios es el principio de la sabiduría”. ¿Temor? ¿Y, por qué? Ella no sentía eso ni lo entendía: amor bastante, confianza mucha; pero temor... Ella no podía tenerle miedo a Dios ¡Cómo! No copiaba eso: escribir una cosa era tal vez contraer un compromiso y ella no podía cumplir éste. Pues a otra muestra. Esta sí: “Da mucho, si tienes mucho; poco, si tienes poco, porque la limosna rescata los pecados

Tomas Carrasquilla. *La Marquesa de Yolombó* (2003).

Introducción¹

La obra de don Tomás Carrasquilla —no solo la novela de la que nos ocupamos en este artículo, *La Marquesa de Yolombó*— coincide, en gran medida, con las preocupaciones que son hoy de una actualidad insospechada, leídas ahora desde la globalización, pues este escritor, como ninguno otro, durante el cambio del siglo XIX al XX observó, pensó y narró el tránsito que hizo la sociedad colombiana en su afán modernizador hacia las lógicas ciudadinas con las desproporciones que implicaron sus relaciones de dominación sobre el espacio rural, y que sintetizan una concepción geopolítica vigente hasta nuestros días.

De igual modo, cobra importancia el origen y el trasegar del escritor antioqueño, quien nació y se movió por la región de la que hemos estudiado solo un fragmento, lo que le otorga a la narrativa de Carrasquilla la capacidad de ser una fuente profunda y verídica de información, pues es producto de la experiencia de una vida construida desde la alteridad con este territorio. Se plantea por tanto una mirada a la construcción de las alteridades territoriales, a través de diversas narrativas (literatura o lenguajes audiovisuales), en las que la comunicación tiene un papel fundamental en la producción de unas formas particulares de representación de “los otros” entendidos estos desde la diferencia cultural, el espacio y la naturaleza.

En esa medida, el artículo propone interrogar las visiones encargadas de reproducir el carácter hegemónico que contraponen lo civilizado a lo salvaje, lo urbano a lo rural, mismas que fueron productoras de la amalgama artificiosa del mestizaje antioqueño enunciado como un proyecto cultural y especialmente territorial. Esta transformación ha sido señalada como un proceso de blanqueamiento que le permitió sobresalir a un tipo de sociedad imponiendo su particular discurso regional y racial, por encima de muchos otros, dentro y fuera de su propio ámbito geográfico colombiano.

1 Este artículo es producto del trabajo de la investigación de maestría “Amalfi: viejas ruralidades, nuevas espacialidades socioambientales” que se realizó en el año 2008 con el apoyo del grupo de investigación MASO (Medio Ambiente y Sociedad) adscrito a la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia. El texto acá presentado no fue incluido en la tesis final, aun cuando responde a algunas preguntas iniciales de la investigación, cuyo foco de análisis fue la ruralidad mirada desde las relaciones centro-periferia y la ecología política en Amalfi, un municipio que fue importante en la configuración del departamento de Antioquia en siglo XIX, pero que quedaría relegado a una condición marginal con la llegada del siglo XX, en los momentos en que el departamento consolida su poder económico especialmente en Medellín, su capital.

Don Tomás Carrasquilla: aproximaciones a su obra

Don Tomás Carrasquilla (1958-1940) nació en Santo Domingo, una pequeña localidad empotrada en una cuchilla de las montañas del Nordeste de Antioquia. Sus 82 años de vida fueron testigos del cambio de siglo y de época, vertidos todos ellos en una de las obras literarias más importantes de Hispanoamérica (Gutiérrez, 2005; Levy, 1985 y Neira, 2000). Así, a mediados de la segunda década del siglo xx, este escritor dio vida a un personaje femenino y a una localidad minera, que pasaron a ser emblemáticos en la literatura colombiana sobre la colonia. Con el título, entre irónico y reverenciado, de *La Marquesa de Yolombó* el escritor antioqueño logró cumplir el sueño de llenar el vacío dejado por la memoria escrita, de reproducir, en versión novelada, la historia de la vida de la región a finales del siglo xviii, en los momentos en que emprendía el tránsito hacia la República y la vida moderna.

Pese a que Bárbara Caballero aparece en los registros demográficos de la época al lado de su familia, no hay rastros de ningún título nobiliario, Carrasquilla logró recrear momentos, lugares y personajes con los cuales se puede trazar una radiografía de las relaciones de poder socioespaciales y de las raigambres territoriales colonial-modernas que adquieren hoy rasgos de continuidad histórica para una mirada sobre la construcción de las regiones, en este caso de la antioqueña.

La historia recreada por el autor descifra el dimorfismo ideológico típico de una época ambigua, atrapada en un mundo predominantemente rural, poco controlado desde los grandes centros de poder del imperio español, mágico-religioso y en gran medida sumiso, donde la llegada de un mundo moderno libre, pero sujeto del mercado y de los ideales burgueses urbanos, es leída a través de los avatares que acontecen en Yolombó y de una mujer fascinante que se movió todo el tiempo dentro y fuera de su época.

La obra de don Tomás Carrasquilla ha sido analizada con alguna frecuencia haciendo énfasis en sus aspectos regionales, bien para exaltarlos o bien para construir caminos más dialécticos en torno a lo que envuelven sus temas de provincia, y al mismo tiempo, el carácter universal que este tipo de narrativas posibilitan. Uno de estos textos es *Tomás Carrasquilla. Nuevas aproximaciones críticas* (Rodríguez, 2000) que analiza a la obra de Carrasquilla resaltando aspectos ligados a temas como la etnicidad, la identidad, las relaciones de poder, la resistencia y la asimilación cultural. Algunas de estas aproximaciones logran identificar, en los personajes y las historias de Carrasquilla, un caudal de tensiones políticas y culturales, en las que los aspectos étnicos atraviesan el devenir de sus conflictos y en los cuales la vida regional, rural y sus relaciones con los centros de poder o la ciudad, desempeñan un papel definitivo. Estos análisis ahondan en los aspectos narrativos y en la aplicación de metodologías ligadas al campo literario.

Desde la misma óptica se plantean los trabajos de Neira (2000) en el texto “La región como tema y como contexto intelectual en Tomás Carrasquilla” y el análisis

de Juan Guillermo Gómez (2006) “Las tres Antioquias de Tomas Carrasquilla. Notas para una lectura intrarregional y sociorracial de *Hace tiempos*”. Otro trabajo de reciente aparición y estrecha relación con las preocupaciones que nos proponemos desarrollar en el presente artículo es “La historia blanqueada: representaciones de los africanos y sus descendientes en Antioquia a través de la obra de Tomás Carrasquilla” de Moreno Tovar (2010). Su importancia radica no solo en que plantea preguntas directas sobre lo racial, sino porque propone una aguda crítica al modo en que la obra de Carrasquilla reproduce representaciones racistas propias de la época y del autor mismo y su clase social, perpetuando, de este modo, formas de invisibilización antagónicas, que si bien entran en conflicto, no dan lugar a reivindicaciones y por el contrario, a través de los escritos del autor se afirman las relaciones de poder de la clase blanqueada y emergente sobre la población negra y sus diversas manifestaciones en el mundo regional donde tienen asidero.

La invención de *La Marquesa de Yolombó*

La Marquesa de Yolombó se desarrolla entre los siglos XVIII y XIX. El nombre de Bárbara, su protagonista, es tomado de la santa a quien está consagrada una de las iglesias de Yolombó, considerada, también, la patrona de los mineros, arquitectos y constructores. Carrasquilla se vale de los elementos que rodearon la historia de esta mártir del siglo III, para conferirle vida a su personaje y, de paso, construir una parábola sobre un universo feudal y minero que va cambiando y que va anunciando la llegada de la modernidad en Antioquia. La leyenda de santa Bárbara cuenta la historia de una princesa que, por renunciar al matrimonio, es castigada a un encierro absoluto en una torre. En medio de este confinamiento y por sus propias facultades, alcanza el conocimiento de la verdad divina llegando a la comprensión de una religión menos pagana y de corte monoteísta, al amparo del cristianismo, por lo cual es sacrificada a manos de su padre.

Estas características y un escenario análogo, son desarrollados por Carrasquilla para construir una metáfora, leída acá casi como una génesis del *ethos* regional paisa que durante el siglo XIX fue convertido en referente identitario. Un proyecto cultural hegemónico que en manos de hombres de negocios y de líderes políticos de Antioquia,² se materializó al fragor del encierro geográfico, resultado de unas condiciones biofísicas adversas, tales como los enormes cañones formados por los ríos, los altiplanos, las montañas y los bosques que encierran la zona central del departamento, y al margen de los procesos de las grandes capitales de la Colonia y

2 La tesis sobre el Proyecto Cultural Paisa, como una empresa económica, cultural y política que se puso en marcha a través de diferentes mecanismos de imposición y persuasión ha sido desarrollada por diferentes investigadores de las ciencias sociales. Véanse: Arcila, María Teresa (2006); Roldan, Mary (2003) y Uribe, María Teresa (1990).

la República tales como Santafé de Bogotá, Cartagena o Popayán. Desplegándose entonces un orden económico, político y cultural, en algunos aspectos sui géneris, pero siempre bajo lógicas colonial-modernas.

El siglo XIX fue una época de transición clave para la transformación de la imagen de Antioquia ante al resto de la nación y del mundo, pues tanto la región, como su capital, Medellín, entrarían en el escenario de la construcción y modelación de las ideas de progreso formuladas desde Europa, ubicándose en la punta del desarrollo económico en las primeras décadas del siglo XX en Colombia. El costo de dicha transformación lo pagaron sus propias subregiones, entre ellas el Nordeste, de la que se extrajeron recursos naturales y mineros, y en la cual participaron cientos de pobladores que migraron a sus cabeceras y especialmente a su zona rural detrás de los mismos ideales de progreso, pero cuyo trabajo alimentó la centralización del poder económico y político en la capital del departamento, para quedar luego reducidos a la condición de habitantes periféricos y marginados, en medio de los conflictos que, particularmente a partir de mediados del siglo XX, se recrudecerían por efectos de las violencias partidistas de los años cincuenta y de los enfrentamientos entre el ejército, la guerrilla y los paramilitares a partir de los años setenta (Giraldo, 2008). Es decir que la región del Nordeste antioqueño hizo parte de la construcción de este proyecto que hemos denominado el proyecto cultural paisa; pero su naturaleza y la de sus habitantes ha estado marcada por una visión que los arrojó a una condición inhóspita y, en gran medida, carente de control por parte del Estado, pero a merced de otros poderes. Así, se convirtió en una especie de región salvaje dados sus espesos bosques, su escarpada geomorfología y los hechos de violencia que la han recorrido. Al mismo tiempo, ha sido objeto de proyectos modernizadores tales como la fundación de pueblos, la instalación de empresas mineras de enclave y el desarrollo de grandes obras de infraestructura de transporte y generación de energía, lo que, de algún modo, ha hecho que su imagen produzca una mezcla ambigua entre atracción y miedo.

Bárbara Caballero nace en Yolombó, en el seno de una familia de españoles y en una pequeña y alejada villa, importante por sus recursos mineros. Está localizada en una región que, para los días de la Colonia, ya contaba con otras poblaciones mucho más importantes como Zaragoza y Remedios, fundadas en virtud de importantes extracciones auríferas. Estas marcarían la dinámica poblacional y el control espacial para esta época y serían hitos de la minería hasta nuestros días. Yolombó fue, entre tanto, un pequeño poblado habitado por indígenas y, desde el siglo XVI, por españoles. Para el siglo XVIII según Carrasquilla,

No sería villa muy ingente por la sencilla razón de que no había ni local ni habitantes para tanto: el paraje elegido por San Lorenzo, no es de los más a propósito para metodizar un centro urbano. Abrupto y agrio, apenas si puede extenderse en patas curvas y onduladas; y ello a mucho costo, muchísimo espíritu público y gente invencionera (Carrasquilla, 2003: 16).

Su jurisdicción abarca un territorio extenso; en la novela se menciona una fracción conocida como Can Can, un poblado que existió hacia el centro del Nordeste y que será luego adherido a lo que hoy es el municipio de Amalfi. En torno a este se tejen algunas historias con cierto aire de leyenda de los días de las luchas de independencia, que el escritor aprovecha para hacerlas parte de su historia novelada.

Desde el comienzo de la narración se plantean dos aspectos cruciales para la construcción de la trama argumental que nos interesa resaltar. El primero es el ambiente general, tanto de aislamiento social y geográfico como de desorden que caracterizó la vida en esta y otras poblaciones de Antioquia durante la Colonia: la autoridad, tanto la eclesiástica como la que emanaba del Rey, era ejercida bajo ciertos cánones de conveniencia local, de tal manera que la regulación del comportamiento de los individuos, y en general de la economía y del espacio, no eran objeto propiamente de un control por parte del régimen monárquico, sino más bien del estricto rigor del poder local. “[...] regía, por lo legislativo, el Cabildo o asamblea de notables; pues su Majestad, con tal que no le tocasen sus dineros ni le regateasen su mando, dejaba a sus súbditos, hasta en las mismas colonias, la facultad de hacer y deshacer, en los asuntos de vecindario” (Carrasquilla, 2003: 11).

Y en lo eclesiástico:

Los sacerdotes apostólicos y heroicos de que se ocupan los historiadores son contados; a la mayoría nos lo [sic] pintan harto preocupados de sus intereses propios y temporales, y harto desentendidos de los de Cristo [...] Según fama, los dos o tres sacerdotes que ejercían en Yolombó no daban el precepto, ni mucho menos el ejemplo: como los perros mudos del Evangelio, obraban según la voluntad de los magnates, autorizándoles sus abusos y despreocupaciones (Carrasquilla, 2003: 12).

El segundo punto para resaltar es que al mismo tiempo, esta sociedad era objeto de un sincretismo de naturaleza más libertaria con respecto a los centros de poder mencionados, entre las múltiples cosmovisiones que bebían tanto de las corrientes españolas, como de las negras e indígenas. En tal sentido, la imposición religiosa del pensamiento católico se estableció en una especie de dialéctica que el mismo Carrasquilla se encargó de explorar a lo largo de casi toda la novela y de convertirla en material clave para sus elucubraciones sobre este cruce de pensamientos. Ante esto, no obstante, son claros algunos elementos racistas del autor, pues su visión es más europeizada; pero también lo es el enorme peso que le concede al pensamiento afrodescendiente —mucho menor para el indígena—, en la configuración de la historia y la reflexión que pretende acerca de la vida en la Colonia.

Esta tierra que los imaginarios han calificado como “sin Dios y sin ley” es igualmente leída e interpretada por Carrasquilla a través de la nutrida lista de personajes que desfilan por la novela, algunos en relación directa con Bárbara; otros, no tanto pero que sin ninguna duda hacen parte de una geografía humana sumergida en un entorno biofísico malsano que, sin saberlo, deambula hacia los cambios. Esto

es, justamente, lo que inspira los deseos y lo que empuja las acciones de Bárbara Caballero, “siendo ella una moza hecha y derecha, facultativa para todo” se aventura hacia lo peligroso y poco domesticado: la vida en las minas... “los hoyos monteses, donde los miasmas y mosquitos envenenan hasta los mismos animales” (Carrasquilla, 2003: 197) y a compartir la vida rural con la población marginal que la sostiene.

Este es, precisamente, el otro aspecto que desde el comienzo aparece en la novela y que resulta imprescindible en este análisis: el carácter y el proceder de la protagonista en relación con lo desconocido, lo marginal y su geografía salvaje. Este comportamiento se sale del canon regular de la época y, como se quiere demostrar, se constituye en la antesala del modo de ser, el carácter y el temperamento de los antioqueños, que se abrirá paso a través del discurso hegemónico y de las formas de apropiación y control sobre el entorno, tras la fundación de la República en buena parte de Antioquia:

Cuenta, a la sazón diez y seis años; y vieras cómo, luego al punto, se van despertando, en ese medio, rudo e inclemente, las energías de aquel carácter y los recursos de aquella cabeza. Espíritu de sacrificio, de orden, de disciplina, de admiración, va sacando, uno tras otro, así en lo físico, y todo con brío y una jovialidad que más parece cosa de diversión que de ayuda. Interviniendo en todo lo doméstico hace de aquellos ranchos, a veces trasladables y siempre improvisados algo limpio e higiénico; de aquella culinaria primitiva, platos sazonados; de trapos en jirones, ropa llevadera; de esa negrería negligente y desidiosa, servicio ordenado y distribuido por capacidades (Carrasquilla, 2003: 23).

Sin embargo, el contexto general en que se desenvuelve Bárbara, es lo que queda luego de más de doscientos años de la llegada de los conquistadores y la sociedad que se generó con su establecimiento en las tierras de Antioquia. Esta época fue caracterizada por algunos representantes del poder colonial como un período atravesado por la miseria y la consideración de sus habitantes como vagos y perezosos.³ Una tierra desordenada y con una ruralidad típica de la colonia, alejada de las estructuras de control y de las relaciones de poder que regían la sociedad desde las grandes capitales de la Nueva Granada, tales como Santafé de Bogotá, Cartagena y Popayán. La historia se plantea desde la perspectiva de Bárbara Caballero; pero, su visión se convierte en el punto intermedio entre dos posiciones, no solo de dos épocas que se van a regir aparentemente bajo distintos paradigmas, lo antiguo y lo moderno, sino que establece relaciones intermedias con dos actores, claves para la construcción de dichos modelos de pensamiento: el medio natural y su población, es decir, la ruralidad.

3 Robledo, Emilio. Bosquejo biográfico del Sr. Oidor Juan Antonio Mon y Velarde visitador de Antioquia 1785-1788. Banco de la República. Bogotá 1954. Citado por: Arcila, María Teresa (2006).

En la relación de Bárbara con lo desconocido y lo salvaje, sean estos la naturaleza o las personas, redonda siempre un interés exploratorio, un carácter temerario y un afán de conocimiento. Perderle el miedo al monte y, en su reemplazo, apropiarse de ciertos dones y arquetipos de la magia, hacen comulgar casi toda la novela con las lógicas mágico-religiosas y con las de carácter instrumental de la racionalidad moderna que aún no llega, pero que está por venir:

Ante estos montes, habitados por estos genios siniestros, se detienen los tres mineros y la heroica niña, casi en reto. Ninguno de los cuatro los tiene por mitos bárbaros [...] Y a tal, que va apurando, día por día, su aprendizaje del lavado y sus observaciones, en todo procedimiento y trabajos mineros, hasta acabar por formarse, por su propio dictamen, todo un sistema de laboreo, tan armónico en el conjunto como seguro en sus detalles (Carrasquilla, 2003: 35).

La visión de la naturaleza y del mundo de Bárbara está influida tanto por su formación católica como por el conocimiento mágico proporcionado por Sacramento, una esclava liberta que está a su servicio, su amiga, aquella sobre quien recaen señalamientos de bruja y ayudada. Ella se encargará de contagiar de estos aspectos a Bárbara Caballero, quien los sabrá invertir para construir su propia identidad, su lugar en la sociedad e intentar edificar un mundo entre mágico y racional, entre invencionero y realista; pero enormemente productivo para la economía minera y que la modernidad sabrá transformar en eficiente y pragmático:

Contempla el monte, ese cuartel de tantos soldados del demonio, y no se asusta. Lo contempla con una cosa allá, no sabe si triste o alegre, pero siempre agradable y tan difícil de entender, que la hace pensar, suspirar y estremecerse. ¡Cosa más rara sentir todo eso por un monte endemoniado! ¡Y si fuera eso solo! ¿Pues no le daban ganas de volar hasta él, lo mismo que un pájaro y meterse bien adentro? Embrujamientos y tentaciones del diablo tenían que ser estos antojos tan particulares. Y, viéndolo bien, todo lo que salía del monte era como embrujado [...] Pues ¿y los micos? ¡Ay señor! Al verlos salir en montonera, trepar a los árboles, anudarse por las colas, dar brincos y hacer tantas pruebas, con aquellos chillidos y aquellas muecas tan particulares, no sabía si reírse o asustarse; y pensaba cosas tan sumamente malucas que hasta pecado serían. Le parecía, unas veces que los micos se iban a volver cristianos; y, otras veces, que los cristianos se iban a volver micos. ¡Si no eran ellos una brujería muy entrenada viniera Dios y se lo dijera! (Carrasquilla, 2003: 33).

El monte embrujado

Desde el inicio de la novela, el miedo es un asunto recurrente en los personajes y el ambiente de la población. Lo viven quienes están dominados por la ignorancia o los dogmas de la fe católica y lo reviste la naturaleza misma y la atmósfera salvaje típica de sus montes, que Carrasquilla se encarga de recrear constantemente. Es el

temor a lo desconocido, pero también el temor de la culpa por querer entender aquello desconocido, por dilucidar las sombras ocultas en esa naturaleza salvaje que tanto los aterra. Para Bárbara Caballero hay, en ambas condiciones, una fascinación y, al mismo tiempo, una ausencia de civilización que se empeña en dilucidar. La lucha contra el miedo a la naturaleza y la pugna contra la ignorancia son las circunstancias con las que debe batallar la protagonista. Y el método aplicado por Carrasquilla es la separación de los temores infundados por la fe católica, por el uso de la razón práctica y la aceptación de los recursos simbólicos otorgados por las creencias africanas como la legitimación de la magia a manera de recurso adaptativo, todas ellas para enarbolar, poco a poco, un ánimo libertario y civilizador, en medio de ese “monte embrujado”.

Bárbara se procura, a través de Sacramento y Candelario —sus dos grandes aliados afrodescendientes—, un “familiar”, un “muñeco, algo chirringo, muy congo y muy zalamero él, que uno carga y no deja que a uno le suceda cosa mala y que le salga muy bien todo lo que uno hace y en toíto lo que emprenda. Es’es, precisamente la virtud del familiar” (Carrasquilla, 2003: 144). De esta suerte, se vuelve ayudada, la condición que según le han dicho, revisten los grandes sabios:

Pero las cosas y los tiempos habían cambiado; ya era ayudada y de la ayuda debía aprovecharse; ya era libre, y alguna libertad debía gastarse. Por más que fuese una rebeldía a las órdenes de ese Rey, tan querido y tan santo, y un desacato a la voluntad de esos padres, tan bondadosos, ella tenía que aprender esas brujerías supremas de la letra [...] o se reventaba (Carrasquilla, 2003: 159).

Es decir, el desarrollo de habilidades sobrenaturales y de orden práctico impulsa aún más a la empresaria.

Compró y alquiló esclavos, montó el agua y levantó la casa, con plantíos de yuca y plátano, hizo tumba de rozas, construyó ranchos, hizo picar y ensanchar las trochas y estableció la cacería, como medio alimenticio [...] no solo adquirió la joven todos los conocimientos empíricos y rutinarios, de entonces, sino que, mostrando en todo un tino, un cálculo y un espíritu de observación, tan personales, les hizo sentir a todos, y los sintió ella misma, que poseía, por don del cielo muchas de esas particularidades que ni se aprenden ni se enseñan. Don Pedro, así como Layos y otros directores, llegaron a consultarla sobre el punto del aluvión en que más debían cargar la mano (Carrasquilla, 2003: 139-140).

La narración establece lo que podríamos llamar una dialéctica entre el pensamiento occidental español y el universo rico y fantástico de otros grupos étnicos. En medio de los hechos que esbozan al mismo tiempo la violencia y los excesos de autoridad, la discriminación y las tensiones típicas de esta sociedad feudal sobre la población marginal, especialmente afrodescendiente, hay también, una enorme atracción hacia ellos, expresada tanto en afectos y deseos, como en la admiración

por lo que estos conocen o puedan llegar a conocer con relación a una naturaleza incontrolable, especialmente lejos del alcance de la mirada occidental. Así, el recurso descriptivo que el escritor resalta es la riqueza cultural de los afrodescendientes, apoyándose en el conocimiento que estos poseen de la naturaleza, de las plantas de uso medicinal, de sus rezos o de sus facultades artísticas expresadas en la danza y los cantos, lo que les da, definitivamente, un enorme poder sobre sus propios cuerpos: “de este empate vino una mezclanza y un matalotaje, que nadie sabía qué era lo católico y romano ni qué lo bárbaro y hotentote, ni qué lo raizal” (Carrasquilla, 2003: 235).

No obstante, esta descripción es más que un cuadro de costumbres. De un modo especial, la visión autónoma e independiente de Bárbara y su ánimo por conocer para sobreponerse a una sensación marginal que la acompaña todo el tiempo, están puestas en las sentencias, en las explicaciones y en el acervo mágico de los aliados negros que la acompañan y ayudan a desplegar sus ideas y proyectos. Esta amalgama de ideas funciona a la manera de la idiosincrasia local, que siempre está en pugna con la imposición española pero, ante la cual se termina cediendo para abrirle paso a una atmósfera reencantada y enigmática en torno al pensamiento mágico. La proyección de este imaginario llega hasta nuestros días pues, no en vano, el Nordeste sigue estando asociado con la brujería, con sus particularidades mineras, sus bosques y su condición desordenada y, para algunos, salvaje.

En este pandemónium duenderil hay, como en los cosmos, de cuanto Dios ha creado: duendes que hurtan, que esconden, que pellizcan, que carcajean, que suspiran; duendes llorones, remedadores, rochelosos y satíricos; los hay indecentones y deseados; y los hay buenos, serviciales y majaderos, como en el mundo de los hombres (Carrasquilla, 2003: 92).

La imagen que opera a lo largo de la narración de Carrasquilla tiene la particularidad de establecer elementos de reconocimiento de lo que hemos llamado una dialéctica de las cosmovisiones. Todo el material de trabajo y el espíritu de la localidad, tanto como el de Bárbara Caballero, son la posibilidad de un espacio polisémico, un mismo territorio y múltiples territorialidades, sujeto de diferentes lógicas, no solo occidentales, para desarrollar los modelos explicativos y las relaciones con los otros y el espacio natural. Son estas las concesiones más trascendentales a las que debe ceder Bárbara para llevar a cabo sus proyectos.

Pero esta posibilidad está amenazada por una visión de revés, en parte orientada por el autor, quien de modo evidente señala este revoltijo como raro y estrafalario, “esta negrería, entreverada con esos españoles de entonces, más supersticiosos y fanáticos que cristianos genuinos, más de milagros que de ética, coincidía y empataba con africanos y aborígenes en el dogma común del diablo y sus legiones de espíritus medrosos” (Carrasquilla, 2003: 91).

Sin duda, esta visión es la que se impone a través de las tensiones presenciadas en el modelo colonial y, desde las primeras décadas del siglo XIX hasta hoy, con la llegada de la República y el proyecto moderno. El resultado es la negación de la diferencia a la que alude la antropóloga Margarita Serje (2005) en su texto: *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie* pues la relación con los otros y la naturaleza en la trayectoria histórica del Nordeste, pone en evidencia su teoría del espejo, la cual niega la existencia del otro, invirtiéndolo, reduciéndolo a su estado salvaje o negando de plano su existencia: “El doble proceso de inversión pone en evidencia que la producción de diferencia es el resultado de la relación de dominación (y no al contrario)” (Serje, 2005: 208).⁴ Se aplica, de este modo, la lógica que busca la naturalización de los individuos y del medio biofísico, reduciéndolos solo a la condición de objetos de las racionalidades hegemónicas. Gran parte de los espacios rurales, más allá del Nordeste, sufren esta calificación: son tierras de nadie, espacios vacíos o, a lo sumo, solo recursos naturales.

La concesión de un título nobiliario en medio de estos montes quizá es el comentario más irónico que hace el autor a este universo surrealista donde “habita lo más inclito de su corte infernal y selvática” (Carrasquilla, 2003: 202). De igual modo, la alianza con otros modelos de pensamiento implica unos costos que se perfilan en la historia a través de los enemigos de la Marquesa y en el proceso vivido por ella, antes y después de desarrollar sus ideales y cuyo resultado arroja, sin quererlo, el título nobiliario que es, a la vista de sus detractores, el colmo de la magia.

Asomos del proyecto urbano moderno

Bárbara manifiesta rasgos progresistas, dado su amor al trabajo, al conocimiento y a la lucha por la igualdad entre los individuos, que siempre defendió. No obstante, la gran contradicción de su discurso fue guardarle fidelidad al Rey y a la Corona, carácter ambiguo que no es menos gratuito a la hora de definir los matices del *ethos* cultural paisa y sus relaciones con el entorno natural.

4 De acuerdo con la teoría de la profesora Serje, “Desde el punto de vista narrativo, a través de esta yuxtaposición se pretende destacar lo insólito de la manera como imaginamos la periferia de la periferia, subrayando el carácter alucinante y demente que caracteriza las empresas faustinas de modernización de la jungla salvaje. La realidad de estas regiones se ve reducida a pura representación mediante un juego de inversiones en las que se da un cruce permanentemente entre las imágenes de estos lugares como un objeto dispuesto para satisfacer el proyecto urbano-nacional y las imágenes mediante las cuales se proyecta en ellos todo cuanto la nación no quiere ni ser, ni ver, ni saber. Este juego marca la realidad excéntrica con la que se perciben” (Serje, 2005: 26).

En el personaje de Bárbara se va perfilando la construcción de un sujeto pre-moderno, pues sostiene una visión práctica: se instruye, aplica conocimientos de eficiencia y productividad y es especialmente libre en virtud de sus ideas y del poder económico que acumula, aunque es devota al Rey y, al mismo tiempo, mantiene cierta condición subalterna, dada su posición de mujer, soltera y fea, con la que creció y que, de alguna manera, la hace más democrática y aliada de los actores marginales: los negros, los indios y la naturaleza.

La ruralidad es vista por ella así, desde una concepción práctica, para aprender, para civilizar y acumular; pero estableciendo unos mecanismos de negociación distintos para llevar a cabo este proceso de colonización. Son, por así decirlo, mecanismos más eficientes y modernos, en tanto son más igualitarios y admiten algunos derechos y oportunidades, envueltos, eso sí, en un ambiente mágico y fantasioso. Además, su condición de sujeto no se desprende del todo de las ataduras medievales, toda vez que su territorialidad bebe de la experiencia y el conocimiento rural, aunque transita hacia los ideales urbanos.

Entre tanto, las tensiones locales son dirimidas en virtud de la lógica propia que se establece en esos montes; inicialmente, a manos de la autoridad española representada por el padre de Bárbara, don Pedro, quien “poseía el sentido de la realidad, sus miasmas de apreciativa y de inteligencia, en general” (Carrasquilla, 2003: 35); luego, en razón de lo instituido por la Marquesa y el universo particular que se genera en torno a ella. Sin embargo, es precisamente en el plano de otras tensiones, ya no de origen local, sino en las que generan los agentes externos a estos montes, donde se establecen los mecanismos fuertes de transformación, tanto para el universo personal de Bárbara como para el que guiará la relocalización futura de este espacio salvaje.

Se trata de la relación con los centros urbanos más importantes para esta época en la región: Santa Fe de Antioquia, la capital localizada en el Occidente, y Rionegro, en el Oriente. Bárbara, aún sin que se le concediera el marquesado, tiene la oportunidad de viajar a dichas ciudades. Y como bien lo anota Carrasquilla “[...] esa ignorancia en que vivían los súbditos del Rey, en esas sus Batuecas de América, no era tanto por sistema colonial, cuanto por la época, la distancia, la imposibilidad” (Carrasquilla, 2003: 177).

La movilidad se convierte en un factor de cambio y, a través de estos viajes en las condiciones más adversas y a muchos días de distancia, Bárbara descubrirá o reafirmará en el encuentro con lo urbano, las virtudes del conocimiento, las ventajas de la hidalguía y la fascinación por España y el imperio: “Aquella ciudad señorial, adormecida a la sombra de tamarindos y palmeras se les hace a los viajeros cosa de ensueño [...] Todas esas casonas de cal y canto, con puertas de arco, las toma por iglesias” (Carrasquilla, 2003: 219). Allí logrará, entre otras cosas, acercamientos a la historia y se alentará en ella un interés particular por la geografía, el marcador definitivo como forma de conocimiento y de expansión premoderna que está al orden del día en el mundo y que abrirá la puerta a la colonización futura.

Su lógica colonial dará un nuevo giro e intentará llevar a cabo otro sueño progresista conforme a su propia soberanía y a su sensibilidad local, pues, ya no es solo la idea del trabajo y el bienestar; a su regreso, llevará a cabo una tarea civilizadora más

Esta vez, la caravana ha aumentado en gente e impedimenta: la minera trae maestro de canto eclesiástico, porque va a poner coro; trae maestro de música, con los instrumentos respectivos, porque va a poner banda; trae pintor y dorador, porque va retocar los altares y las paredes de Santa Bárbara, trae montón de tarros con arbustos y frutales prendidos, porque va a plantar arboleda (Carrasquilla, 2003: 229).

Se sumerge, de esta suerte, en una especie de miasma alucinante, dados su poder económico, sus virtudes humanas y sus facultades de “Ayudada”: “La magia, la ayuda, los Familiares, los monicongos se vuelven, en la mente colectiva del lugarejo, una boga, una convicción, un devaneo” (Carrasquilla, 2003: 302). “El Rey, a quien siempre ha venerado, se le hace, ahora, un ser sobrehumano, investido de toda grandeza física y moral” (Carrasquilla, 2003: 236).

Pero el orden civilizador al que siempre le fue fiel y que divisó en medio de las estructuras urbanas, termina siendo su gran opositor. Algunos vecinos llegados de Rionegro y que viven en Yolombó desde hace rato, ven con malos ojos los delirios de estas tierras y las extravagancias de esta mujer, quien, además, ha sido ascendida a la condición de Marquesa. “Ya se quisieran un pedacito pa’ oír [sic] misa, los que viven en este mugrero. ¡Por mal de mis pecados vine yo a dar a esta maldita bodega! (Carrasquilla, 2003: 254). Su entusiasmo por el Rey y su familia, su deseo de viajar a España, son una obsesión, una ilusión inspirada por uno de esos duendes que deambulan por la región: “Los que crean en locos videntes y en inconsciencias proféticas, acaso encuentren en el fanatismo extravagante de esta americana fantástica, un caso de adivinación o cosa así” (Carrasquilla, 2003: 284).

Las disputas entre la visión del orden local establecido y el orden aristocrático emanado de las ciudades principales, desata querellas e insultos entre los pobladores rionegreros y los propios, a tal punto que la autoridad debe intervenir y actuar para preservar la lógica del poder local establecido; se pone en evidencia la percepción que desde afuera se está produciendo acerca de Yolombó y de sus habitantes. Se configura, de este modo, la narrativa que deshumaniza territorialidades distintas a la hegemónica “[...] me acaba de decir que todos los de aquí somos unos montunos indecentes, y que los caudales de los ricos yolomberos son conseguidos con la ayuda del diablo y que va a alzar con todos a la hora de la muerte” (Carrasquilla, 2003: 255).

Se reproduce la relación dicotómica del centro a la periferia, de la ciudad al monte. Bárbara Caballero, y su ilusión de progreso y de gloria monárquica que Carrasquilla lleva a la ficción, termina siendo parte de este juego de relaciones. Por consiguiente, ella misma será convertida en el revés de la Colonia, pues su magia y sus dotes ambiguos de vecina y ciudadana, que reconoce los derechos de todos los

individuos, tanto como venera la potestad del Rey, será objeto de la expropiación premoderna, llevada a cabo por impostores ilustrados, quienes ven con ojos de conquistadores el orden particular desatado por estas tierras: “Imposible suponer que en estas breñas ásperas, en medio de estas selvas intransitables, existiese un centro de tanta nobleza y alegría, con todo lo más exquisito y gracioso de su España” (Carrasquilla, 2003: 347).

La Marquesa termina siendo enamorada y robada por un caballero que se hace pasar por español e inspector de minas, venido, junto con sus dos compinches, de Santafé de Bogotá a estas tierras del Nordeste. Este individuo, don Fernando de Orellana, evoca al rufián encantador e instruido encarnado en personajes legendarios que engañaron a media Europa tales como Casanova, Mesmer o Cagliostro, así comentado por el propio Carrasquilla. Todos ellos tenían algo en común, sus competencias científicas. Es el nuevo cauce por donde discurrirá la historia de la región y sobre el cual se llevarán a cabo nuevas estrategias de colonización y dominarán las futuras relaciones dicotómicas: el conocimiento técnico y planificado emanado desde los centros de poder. Para ello, será necesario el despliegue del control del espacio desde los centros urbanos y será, por consiguiente, el origen de poblaciones del Nordeste, tales como Amalfi, Anorí o San Roque.

Luego del saqueo a su persona y a sus bienes, la Marquesa queda sumergida en una profunda y casi silenciosa locura de la que despertará al cabo de treinta años, cuando la República es un hecho y ella no pasará de ser una anciana ochentona, dueña de una posada donde pernoctan terciadores y gente de medio pelo. Será, a lo sumo, un vestigio del pasado y de los actores de ese gran escenario ilusionista y mágico que fue la Colonia en esta región, quienes habrán desaparecido o estarán en proceso de disolución en el nuevo escenario de la nación moderna que se abrirá paso a través, ya no de sus vecinos, sino de sus ciudadanos. Bárbara Caballero y las territorialidades que ella representa, sus ruralidades, sin quererlo ni pretenderlo, terminan siendo parte de la imagen invertida, la nación al revés sobre la cual se erige el proyecto modernizador en el siglo XIX.

Pero existe además un personaje que ha estado presente de principio a fin en la novela, es Martín, el sobrino de la Marquesa. Un criollo buen mozo, pero desordenado y calavera, administrador de las minas de la familia; quien había abusado y maltratado a la población negra, se había burlado de lo más sagrado de los ritos católicos en medio de las borracheras más desenfundadas, sin comparecer ante la ley, bajo el feudo y la tutela de sus familiares españoles; es, en la nueva época a comienzos del siglo XIX, un comerciante asentado en la Villa de la Candelaria de Medellín quien “Trabaja en una como agencia de víveres, herramientas y enseres para proveer a las minas de Yolombó y de Remedios” de tal suerte que “Su brío, su constancia y su repentina formalidad, prometen y cumplen” (Carrasquilla, 2003: 437).

Martín representa a la sociedad burguesa que se gesta antes de la Independencia y sobre la cual se diseña el modelo de sociedad paísa que funcionará en el futuro.

De igual modo, como operaba en la sociedad hegemónica de la Colonia, será impositiva e irá aplicando un control desde una ciudadanía urbana, ya no feudal, sino negociante y progresista, mientras las territorialidades de la población rural, a través de las cuales se instituye este proyecto, se disuelven o, simplemente, se invisibilizan, convenida la concepción de sujeto moderno y su ideal de ciudadano en el nuevo escenario político que, de igual modo, será eminentemente urbano. Es decir, a la luz del nuevo orden, los pobladores rurales irán adquiriendo una ciudadanía sin ciudad.

Conclusiones

Las historias, los personajes y las vivencias encontradas en la obra de don Tomás Carrasquilla, pero, particularmente, las presentadas en *La Marquesa de Yolombó*, son escenarios idóneos para comprender, a través de la literatura, las dimensiones del proyecto cultural antioqueño, en la medida que aportan elementos de análisis para entender las implicaciones sociales, económicas y políticas del deber ser de la sociedad paisa.

Podría decirse, casi de manera general, que el departamento antioqueño posee las características de un *ethos* sociocultural que se estableció a finales del siglo XIX, de la mano de unas transformaciones económicas y un proyecto político planteado por las élites de la época. Este proyecto político, como afirma María Teresa Uribe, consistía en darle importancia al trabajo material, a la familia como paradigma del orden social, y al rechazo de prácticas que pudieran descomponer la moralidad de la familia, como la prostitución, los juegos de azar, las familias no nucleares, entre otros (Uribe, 1990: 63).

En esa medida, los personajes de *La Marquesa de Yolombó* encarnan ciertos modos de comprender y apropiarse ese proyecto cultural antioqueño, en el cual la construcción de unos “otros” salvajes, colonizables, incivilizados, resulta fundamental para la instauración y la consolidación de la antioqueñidad como modelo categórico de la sociedad del siglo XIX. Así, las formas de relacionarse y de imaginar el mundo que tienen los personajes de la obra de Carrasquilla, corresponden con una idea de alteridad visualizada, principalmente, en las relaciones con el pensamiento occidental español y las consecuentes relaciones entre el centro y la periferia, encarnadas en las configuraciones territoriales del departamento antioqueño para la época. Estas relaciones entre el centro y la periferia, traen consigo distintas motivaciones de las relaciones de poder, en las cuales son evidentes tensiones territoriales que se presentan, por ejemplo, entre lo rural y lo citadino, o entre los cambios socioculturales y políticos presentados en los distintos sectores sociales.

Finalmente, se rescata la posibilidad que permite la obra de don Tomás Carrasquilla para realizar una lectura territorial de Antioquia a partir de la literatura. En las lecturas que bien pueden hacerse de la obra hay una expresa relación espacio-temporal

que posibilita desentrañar los imaginarios que atañen y que perduran actualmente, en buena parte de la sociedad antioqueña.

Referencias bibliográficas

- Arcila, María Teresa (2006). "El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional en Antioquia". En: *Historia crítica, Universidad de los Andes*, N.º 32, julio diciembre, Bogotá, pp. 38-66.
- Carrasquilla, Tomás (2003). *La Marquesa de Yolombó*. Casa Editorial El Tiempo. Bogotá.
- Giraldo, Carlos A. (2008). Amalfi: viejas ruralidades, nuevas espacialidades socioambientales. Tesis de maestría en Ciencias Ambientales, Corporación Ambiental, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Gómez, Juan Guillermo (2006). "Las tres Antioquias de Tomás Carrasquilla. Notas para una lectura intraregional [sic] y socioracial [sic] de *Hace tiempos*". En: *Estudios de Literatura Colombiana*. Año 2006. N.º 18, Universidad de Antioquia, Facultad de Comunicaciones, Maestría en Literatura Colombiana, Medellín.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (2005). "Cómo leer a Tomás Carrasquilla". En: *Aquelarre. Revista del Centro Cultural Universitario*. Universidad del Tolima. Vol. 4, N.º 8.
- Levy, Kurt L. (1985). *Tomás Carrasquilla*. Instituto de Integración Cultural Medellín, Colombia. Bogotá.
- Moreno Tovar, Lina del Mar (2010). "La historia blanqueada: representaciones de los africanos y sus descendientes en Antioquia a través de la obra de Tomás Carrasquilla". En: *Memoria y Sociedad*, Vol. 14, N.º 28, pp. 67-84.
- Neira Palacio, Edison (2000). "La región como tema y como contexto intelectual en Tomás Carrasquilla". En: *Anales de Literatura Hispanoamericana*. Universidad Complutense de Madrid, N.º 29, Madrid.
- Rodríguez, Flor María (2000). *Tomás Carrasquilla. Nuevas aproximaciones críticas* Editorial Universidad de Antioquia, Medellín.
- Roldán, Mary (2003). *A sangre y fuego: la violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colombia.
- Serje, Margarita (2005). *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Universidad de los Andes, Bogotá.
- Uribe de H., María Teresa (1990). "La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia". En: Álvaro Tirado Mejía et al., *Realidad Social I*, Gobernación de Antioquia, Medellín, Vol. 1, pp. 49-112.